

Distinguir conceptos y deshacer tópicos¹

Hace apenas treinta o cuarenta años el islam se percibía en los países occidentales como una religión más, uno de los creídos monoteístas con mayor número de fieles, presente en todos los continentes, pero especialmente en Asia y en África. Los ciudadanos de Europa vivían tranquilos todavía en los años setenta y ochenta del siglo pasado sin prestar mucha atención a lo que era el islam, incluso en lugares donde había una gran cantidad de inmigración musulmana (Francia, Bélgica, Alemania) o en países como España, fronterizo con su mundo. Las personas más cultas se aproximaban fundamentalmente al mundo araboislámico por su interés artístico, literario o histórico, conscientes del extraordinario legado que ha proporcionado a la humanidad.

Los conflictos que se producían en los países de mayoría musulmana no se explicaban desde una perspectiva religiosa,

1. Se transcriben las palabras árabes de acuerdo con los criterios de la escuela de arabistas españoles, establecidos por la revista *al-Andalus*, aunque se hacen algunas excepciones (dh, sh, cuyos sonidos son conocidos por el inglés). No se transcriben y se escriben en redonda los nombres propios, los topónimos y las palabras que ya han pasado a formar parte del vocabulario común español (yihad, sharia, nombres de los meses musulmanes...). En el caso de los nombres propios, se transcriben solo las letras 'ayn (que se señala con ') y la letra yīm (y) que se pronuncia como la "j" en francés y no debe confundirse con la "y".

sino política y económica. Por ejemplo, a nadie se le habría ocurrido entonces pensar que entre las reivindicaciones o en los actos violentos de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) había alguna protesta religiosa, sino tan solo la reclamación —legítima o no, según qué perspectiva se tome— de la independencia territorial de Palestina del entonces recién creado Estado de Israel. Baste mirar la prensa de esa época para ver que la religión de los bandos pocas veces salía a relucir. Es cierto, por otro lado, que se empleaba a veces el término *terrorista* para definir los atentados de la OLP, pero terrorismo e islam no se relacionaban. Con ese término el periodista dejaba claro que, desde su punto de vista, el atentado no tenía legitimidad legal, como no la tenía el atentado de un miembro de Sendero Luminoso en Perú o del M19 en Colombia, pero no se asociaba a la religión musulmana o cristiana (las dos religiones del pueblo palestino).

En las últimas décadas, sin embargo, el islam ha pasado a ocupar un lugar central en el imaginario mundial por distintos sucesos, una serie de ellos con un marcado carácter violento. En poco tiempo, esta religión ha cobrado un especial interés para el conjunto de la población, con frecuencia por el temor que suscita, pero puede afirmarse que el desconocimiento sobre ella sigue siendo enorme en los países occidentales. A esa ignorancia, además, se ha sumado la llegada de un aluvión de información en la que se emplea nueva terminología, que no se utiliza siempre con rigor por los medios de comunicación y casi nunca se acompaña de las explicaciones pertinentes.

En algunos países, como es el caso de España, los islamólogos, es decir, los especialistas en el mundo islámico, y los arabistas, los especialistas en el mundo árabe, generalmente no son consultados. Es sobradamente sabido que el intrusismo es frecuente en todas las ciencias, pero en el caso de las distintas ramas de las humanidades es mucho mayor. A menudo, cualquiera que haya leído un par de libros se cree capaz

de suplir con su discurso años de documentación y estudio, así como el conocimiento de lenguas necesario para acceder a la información primaria y primordial para hacer valoraciones científicas. Las pocas veces en que son consultados los especialistas es porque se cree que con su respuesta se va a justificar la ideología de un determinado medio de comunicación, ya que, también muy pocas veces, los periodistas se aproximan a lo “islámico” de un modo imparcial u objetivo. Suelen hacerlo, en cambio, a partir de narraciones manidas cuyo contenido acostumbra tener un reflejo en la política nacional o internacional que algún determinado partido político propugna. Esta actitud de los medios no puede justificarse, porque los islamólogos están bien representados en nuestro país, en la universidad y el CSIC, y han escrito en las últimas décadas un buen puñado de libros interesantes sobre el mundo islámico pasado y presente. A pesar de esto, puede afirmarse que sus obras no llegan al gran público. Las editoriales comerciales suelen interesarse, en cambio, por la opinión de personas más mediáticas —políticos o periodistas—, que escriben a menudo obras de contenido muy dudoso desde un punto de vista historiográfico, un problema grave que se supe en la solapa del libro atribuyendo al autor una formación que no tiene y una bonita foto. Estos escritos, además, suelen pintar el islam en blanco o en negro, con muy pocos grises en sus razonamientos y exposiciones, por lo que resultan fáciles de leer y divulgar.

La ignorancia sobre el islam hoy día ya no es una cuestión anecdótica, sino que se ha vuelto peligrosa. Por otro lado, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que ese desconocimiento es común a la población educada tanto en el cristianismo —religioso o cultural— como en el propio islam. Por motivos que trataré de explicar en estas páginas, los musulmanes carecen en la actualidad de una sólida formación en su propia religión, no solo cuando viven en países no musulmanes, sino también cuando nacen y crecen en países de

mayoría islámica, y esto último ha tenido consecuencias dramáticas y parcialmente explica las circunstancias políticas vividas desde hace ya algún tiempo.

Con todo lo expuesto, no se quiere decir que el islam sea una ciencia —menos aún, una ciencia exacta—; es una religión y por extensión una cultura, y, por tanto, existen numerosas maneras de aproximarse a ella, además de las infinitas formas en que los millones de musulmanes lo hacen. La islamología ha desarrollado desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días unas herramientas y una metodología que nos permiten conocer el mundo islámico de forma profunda y cada vez más rigurosa. La herramienta fundamental es la filología, la lectura científica de los textos en sus lenguas originales —en este caso, árabe, persa, turco, urdu, etc.—, que facilita su progresivo conocimiento, interpretación y la contextualización de los hechos. Esos textos permiten hablar al mundo islámico por sí mismo y lo primero que nos muestran es que no existe un único islam, un único credo, un dogma que haya merecido una única explicación, sino una religión con unas características básicas y comunes, pero que también ha dado lugar a múltiples puntos de vista y que ha evolucionado a lo largo de los siglos. Nos muestran también una religión que ha originado una literatura jurídica y religiosa riquísima, caracterizada por la complejidad de sus argumentaciones y por la discusión interna de sus ulemas (expertos en ciencias religiosas). En definitiva, una teología y una jurisprudencia que son radicalmente opuestas a esa visión del islam simplista, dogmática y unitaria que se nos ofrece con frecuencia.

¿Por qué no hay un único islam?

El islam, como todos los credos, es una única religión con múltiples facetas. Se han mencionado aquí dos cuestiones sobre las que es necesario insistir: por un lado, la evolución

diacrónica del islam, propia de todas las religiones, y, por otro, la diversidad geográfica y cultural de los espacios que ocupa.

Uno de los tópicos más absurdos que se repiten con frecuencia es el de que el islam es una religión medieval. No suele emplearse este calificativo para indicar que es una religión que nace en la Edad Media, sino para expresar que contiene conceptos primitivos y, sobre todo, violentos, que suelen asociarse en el imaginario colectivo a la Edad Media. Cuando se obra así, se ignora, en primer lugar, que las religiones no son estáticas, sino que evolucionan en sus interpretaciones de cuestiones básicas, incluso de aquellas recogidas en sus obras fundacionales. Ni siquiera el Corán, el libro sagrado que contiene la revelación divina, es inmutable a la hora de ser interpretado; por ejemplo, la esclavitud está presente y parcialmente regulada en el Corán y fue abolida en casi todos los países de mayoría musulmana sin que se haya levantado ninguna voz a favor de su restauración.

Igualmente, quien afirma que es una religión medieval, desconoce que esos movimientos violentos que desea descalificar no son producto de la interpretación medieval del islam, sino que son, precisamente, fruto de movimientos ideológicos modernos, que se han caracterizado por querer reinterpretar el islam desde sus orígenes, precisamente por considerar que las interpretaciones de la revelación divina previas, las medievales también, eran incorrectas y se desviaban del mensaje divino. Ignora, asimismo, que no ha habido nunca una ideología monolítica que represente el islam y que cuando nos referimos a ella, hemos de hacerlo especificando el periodo y la circunstancia a la que aludimos y, sobre todo, hemos de tener en cuenta que se dan en un mismo periodo diferentes interpretaciones de la misma religión, con distintas religiosidades, que conviven sin tener que estar necesariamente enfrentadas entre sí.

Un argumento relevante para mostrar que no hay un único islam es la falta de una autoridad que represente a toda

la comunidad islámica, la llamada umma. Cada vez que alguien generaliza en nombre del islam o afirma que el islam dice esto o aquello o está a favor o en contra de esto o aquello hemos de cuestionarnos inmediatamente quién lo dice, cuándo lo ha dicho y dónde. Muchos de los católicos que acuden a misa los domingos usan anticonceptivos y algunos simpatizan incluso con el aborto en determinadas circunstancias, pero ninguno de ellos puede afirmar que el cristianismo católico los acepte hasta que el papa no se pronuncie en ese sentido. Por el contrario, en el mundo islámico no hay una cabeza visible que represente a todos los musulmanes. Es cierto que la hubo hasta el año 644 d. C. en que murió el último de los llamados califas ortodoxos, los cuatro sucesores de Mahoma, cuya legitimidad ha sido aceptada por todos los musulmanes. A partir de esa fecha, la comunidad quedó dividida para siempre a causa del reconocimiento de una determinada autoridad o sistema de gobierno, una cuestión que, como se verá, ha sido trascendental en la religión musulmana y sigue siéndolo. Aunque muchos se hayan arrogado ese derecho a lo largo de la historia, desde el siglo VII, apenas transcurridos menos de 25 años desde la hégira (el comienzo del calendario musulmán), nadie ha tenido la legitimidad para hablar en nombre de toda la comunidad de creyentes.

La segunda cuestión sobre la que quiero insistir es la de la diversidad geográfica y cultural de los países de mayoría islámica. En la actualidad hay más de 1.500 millones de musulmanes en el mundo y el islam es una religión en rápida expansión por dos factores fundamentales: por la alta natalidad existente en los países de mayoría musulmana y porque es una religión profundamente proselitista (las musulmanas no pueden casarse con no musulmanes, lo cual garantiza que su descendencia permanezca siempre en el seno del islam, y los varones pueden hacerlo, pero sus hijos serán siempre musulmanes; además, la conversión a otra religión, al menos teóricamente, está penada con la muerte —en el caso de que

esta pena no se aplique, que es lo habitual, la conversión no se registra estadísticamente—).

Lo que se podría denominar mundo islámico —países de mayoría musulmana— abarca todo el norte de África, una parte importante del África subsahariana, el Oriente Próximo y grandes zonas de Asia central, un territorio extenso de población muy numerosa del subcontinente indio, así como los archipiélagos indonesio y malayo. En Europa, el islam es ligeramente mayoritario solo en Albania y en Bosnia Herzegovina (52% en ambos territorios).

Asimismo, hay musulmanes constituyendo minorías significativas en otros muchos países del mundo. En la Unión Europea constituyen un 3,12% (15 millones de personas), aunque el reparto es desigual y hay naciones donde se duplica ese porcentaje (por ejemplo, un 6% en Francia y Bélgica, y un 4% en Alemania). En 2017, en España se calculaba que había un 3,6% de musulmanes (800.000 de ellos nacionalizados), pero su reparto regional era desigual, porque, dejando al margen Ceuta y Melilla, donde el porcentaje es muy elevado, la mayoría vive en Cataluña, cuya población musulmana alcanza el 6,9% del total, el 11,1% en la provincia de Gerona.

Fuera de la Unión Europea destaca Serbia, donde hay un 21% de población musulmana (casi 2,5 millones de personas) y, sobre todo, Rusia, donde más de un 10% de la población es musulmana, unos 14 millones de rusos, aunque se cree que con la población musulmana que recibe de la emigración se han llegado a alcanzar los 20 millones². Ha de tenerse en cuenta también que el islam está presente de forma minoritaria en todos los continentes: América (en Estados Unidos son el 1,5%, que equivale a 4,5 millones de musulmanes), en la costa oriental africana, África del Sur y en Asia. Cabe llamar la atención sobre el caso de China, pues solo hay

2. Rusia es un país oficialmente laico y no se hacen estadísticas sobre la religión, por lo que esta cifra es aproximada. El resto de los datos que se ofrecen en estas páginas están redondeados y en ocasiones varían de una fuente a otra. Solo se quiere dar una idea global de la realidad mundial actual.

un 1,5% de musulmanes, aunque eso supone 20 millones de creyentes.

Indonesia es el país con mayor número de musulmanes del mundo (214 millones), al que siguen la India (solo un 16% de los indios son musulmanes, pero eso equivale a 175 millones de personas), Pakistán (162 millones) y Bangladés (127 millones).

Árabes y musulmanes

A pesar de estas cifras, que no dejan lugar a dudas acerca del complejo y variado paisaje humano compuesto por infinitas etnias, idiomas y costumbres que se autodefine como musulmán, en España hay una tendencia natural a asociar musulmán exclusivamente con árabe por diversos motivos: porque el islam nace en Arabia, por la razón de nuestra proximidad geográfica con el mundo árabe y, sobre todo, a causa de nuestra propia historia, pues durante muchos siglos una parte de la península ibérica estuvo arabizada e islamizada.

Se consideran hoy día árabes los pueblos que se arabizaron lingüísticamente tras la expansión islámica que sucedió a la muerte de Mahoma (632 d. C.). El pueblo árabe es semita porque los árabes hablan una de las lenguas semíticas —acadio, ugarítico, eblaíta, fenicio, hebreo, árabe, arameo, y las lenguas semíticas etiópicas (amhárico, ge'ez, yehén, tigrina)— y porque se dicen a sí mismos descendientes de Abraham y de su esclava Agar, padres de Ismael (los judíos serían los descendientes de Abraham y de su esposa legítima Sara, padres de Isaac). Los palestinos no pueden ser, por tanto, antisemitas, aunque este oxímoron sea utilizado con cierta frecuencia por las autoridades israelíes para descalificar las revueltas independentistas.

Los países árabes actualmente son Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Sudán, Arabia Saudí,

Yemen, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Bahréin, Omán, Jordania, Palestina, Siria, Líbano, Iraq, Somalia, Yibuti y Comoras, pues son los que tienen esa lengua como oficial, y todos ellos constituyen la Liga Árabe, fundada en 1945. Casi todas estas naciones, aunque de mayoría musulmana, poseen población autóctona perteneciente a otras religiones en mayor o menor porcentaje y, por tanto, hay árabes cristianos y judíos. Las cifras oscilan desde el caso de Líbano, donde el 50% de la población es cristiana, hasta Arabia Saudí, donde no hay presencia de otras religiones. Según el censo otomano de 1914, en Palestina había en aquella época un 24% de población cristiana. Hoy solo queda un 5% en los territorios ocupados, ya que, tras la creación de Israel, una parte emigró a Jordania y otra se halla dispersa en distintos países del mundo.

El proceso inverso se produjo con los judíos árabes, cuya presencia era significativa hasta la primera mitad del siglo XX en algunas regiones del norte de África y el Oriente Próximo, y emigraron mayoritariamente a Israel tras el conflicto árabe-israelí de 1948. Por ejemplo, así sucedió en Marruecos, donde había 250.000 judíos en el año 1948 y hoy la población es de 2.500; o en Argelia, que contaba con 140.000 en la misma fecha, y en la actualidad carece de habitantes de esa religión.

En definitiva, árabe no es sinónimo de musulmán porque hay minorías árabes cristianas y judías y, sobre todo, porque los árabes suman 350 millones aproximadamente y esa cifra solo representan un 22% de la población musulmana total en el mundo. En consecuencia, la mayoría de los musulmanes no tienen el árabe como lengua materna y su conocimiento de este idioma se reduce a las lecciones del Corán que hayan tomado, pues el Corán se recita solamente en la lengua original, tal y como se verá más adelante.

Esto no implica que lo árabe no haya influido enormemente en lo islámico porque la interpretación fundamental de la religión, especialmente en su rama sunní, se produjo durante los dos primeros siglos en territorio árabe. Sin embargo,

hay que ser muy preciso en cómo y cuándo se produjeron esas influencias, así como a la hora de extrapolar rasgos culturales árabes a todo el mundo islámico. Esto puede ilustrarse con un ejemplo conocido, el de la supuesta iconoclastia del islam, que no es musulmana sino árabe, propia de los semitas. En su interpretación del islam, los árabes han considerado tradicionalmente que a la Divinidad no se la representa, ni siquiera al profeta del islam —se le dibuja sin rostro—, y se han evitado a lo largo de la historia las representaciones humanas. Sin embargo, esta iconoclastia no es extensiva, al menos en su totalidad, al resto del mundo islámico. A Dios no se le representa ni se hacen esculturas porque equivaldría a la construcción de ídolos, pero hallamos numerosos ejemplos de figuras humanas en la pintura de Persia, India, Turquía u otros lugares, que incluyen al profeta Mahoma, representado a veces de las formas más variopintas. Diremos, entonces, solo que el mundo araboislámico es iconoclasta.

Islam, islamismo e islamología

El título de este libro, *Islam e islamismo*, es sin duda demasiado ambicioso para una obra de tan pocas páginas. En este breve espacio solo se puede ofrecer unas nociones generales sobre la religión musulmana —el islam— y el fundamentalismo islámico —el islamismo—, haciendo hincapié en los puntos en que entran en profunda contradicción o se confunden. Trataré de explicar algunas de las inexactitudes, que se difunden cada día a través de los medios de comunicación. Se hará mención a los rasgos fundamentales de la religión, especialmente a los puntos que son objeto de disputas en la actualidad o que dan lugar a problemas de interpretación. Podrían tratarse otros muchos, que también merecen atención, y, desde luego, desarrollar numerosos aspectos de los que aquí no se podrá ofrecer más que algunas pinceladas.

Como ya se ha mencionado, los términos para referirse a estos conceptos suelen utilizarse también incorrectamente. Aunque en español el nombre de las demás religiones acabe en “ismo” —cristianismo, budismo, judaísmo...—, es incorrecto llamar islamismo al islam. De igual forma, quien practica esta religión no es un islamista, sino un musulmán. Tampoco se denomina islamista a quien dedica su vida al estudio del islam, pues ese es un islamólogo. Por otro lado, también es incorrecto llamar a los musulmanes mahometanos porque mientras que los cristianos siguen a Cristo, a quien consideran la encarnación de Dios, y creen en Él, los musulmanes no siguen a Mahoma, pues para ellos este es solo un hombre elegido por Dios para transmitir su revelación. Le admiran, pero no le adoran.

¿A qué llamamos entonces islamismo e islamista? El primer concepto se refiere a aquellas doctrinas que consideran que el islam no es solo una religión, sino que debe estar presente en la esfera privada y también en todas las instituciones, y debe ser la guía primera que rija su convivencia y sus normas, así como el fundamento de la jurisprudencia de los países musulmanes. Islamistas son, entonces, quienes defienden el islamismo, es decir, quienes desean la implantación del islam y de la Ley Islámica (*sharīʿa*³, en español “sharía”) en todas las estructuras del Estado, públicas y privadas. Cabe señalar, finalmente, que la ideología islamista es numéricamente muy minoritaria en el mundo islámico, aunque la repercusión de sus acciones haya sido y sea hoy enorme. También es necesario reiterar que hay muchos credos dentro del islam y dentro del islamismo. En este último caso, hay una gran variedad de movimientos que sostienen no solo ideas muy distintas, sino a veces muy enfrentadas entre sí.

3. En esta obra, las palabras árabes se van a transcribir de acuerdo con la fonética más próxima al español y se escriben en cursiva. No se transcriben los términos aceptados por la RAE, ni los nombres propios, los topónimos o los conceptos de uso general y frecuente en publicaciones o prensa.

Este libro se estructura en dos partes equivalentes en extensión: un primer capítulo dedicado a los conceptos generales del islam y un segundo donde se describen las características generales del islamismo y sus movimientos y corrientes principales. Esta distribución, tal y como se ha expuesto previamente, no responde por tanto al porcentaje mundial de musulmanes y de islamistas, ya que los primeros son infinitamente más que los segundos y, en justicia, habría que dedicar al islam un espacio mucho mayor que al islamismo. A pesar de esto, se ha optado por esta estructura porque ambas cuestiones son en la actualidad objeto de igual interés. Se hará especial hincapié en aquellos rasgos que diferencian al islam del islamismo y en los que el segundo ha llevado a cabo una reinterpretación del primero de forma disruptiva.